

Fantasías y fantasmas

De fantasías, fantasiosos y fantasmagóricos.

Eugenio Mateo

<http://eugeniomateo.blogspot.com.es/>

Mantiene Eugenio que hay dos categorías de fantasías, la particular y la pública, y que esta última es impúdica: “De cartón piedra nos quieren, de falso decorado”.

Fantasear, como actitud no empírica, tiene trampa. Es difícil sustraerse a la evocación y al ensueño que produce la fantasía de manera que alimenta el deseo de sumergirse en ella, deseo que al final muda en adicción. Decía Schiller que lo que no ha ocurrido jamás no envejece nunca, sólo la fantasía permanece siempre joven, razón suficiente para que la hayamos convertido en un placebo, he ahí la trampa. Claro que es inimaginable un mundo carente de nuestras propias películas; la vida sin fantasía es imposible por la simple razón por la que el entorno se encarga machaconamente de restregarnos la pura realidad, así nos pasamos la vida en busca de placebos, demostrando a la vez la poca consistencia de nuestras convicciones; pero, no nos engañemos, la realidad siempre supera a la ficción mientras no se

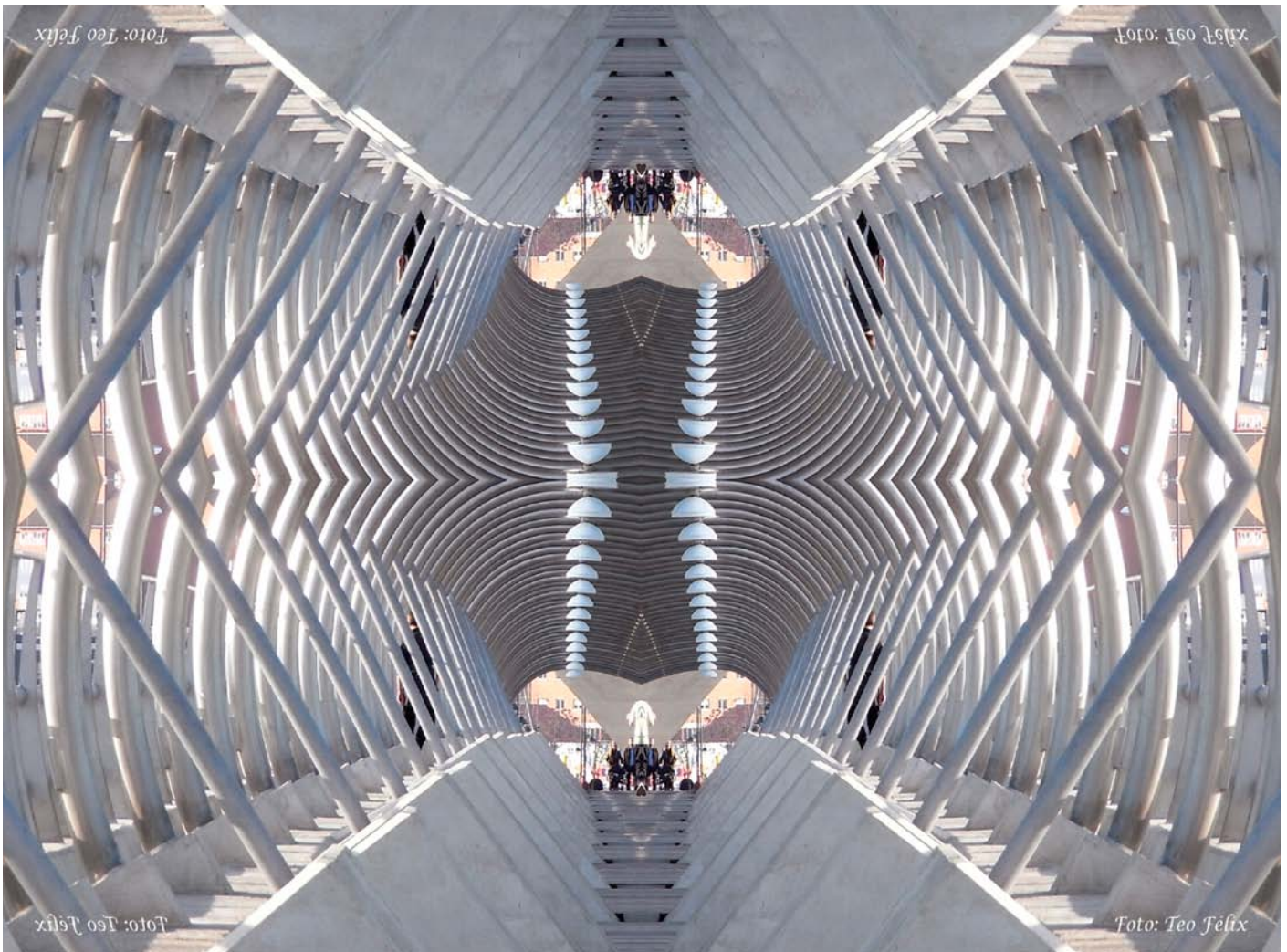
demuestre lo contrario y aunque yo sea de los que creen firmemente que la fantasía es la ortopedia del individuo.

“ La fantasía pública tiene delirios de grandeza porque no sabe idealizar la realidad tangible de las cosas; su capacidad de fantasear, además de pésima, es torticera, pues, nada peor que suplantar la fantasía por la mentira. ”

Me atrevo a clasificar a la fantasía en dos categorías, la particular de cada uno, con todo su universo íntimo e indescifrable, y la general, que es insoportable por lo inútil, afectando a todos

de manera refleja. Esta última es como una fantasía por decreto. Un trono aburrido para reyes por un día. Una ensoñación sin efectos. Vengo a referirme a esa falsa ilusión de identidad que la sociedad en su conjunto practica como forma desfigurada del deseo de sus miembros, antítesis de su verdadero sentido. Si la fantasía íntima nos consigue una vida secreta por ser inobservable, la fantasía pública es impúdica en su exhibición, ostentosa en sus mentiras y falaz en sus consignas. Un fraude; pero también otro placebo para los muchos que venden su alma al diablo, o dicho de otra manera, para los que someten su fantasear privado a las fantasmagóricas fantasías de fantasmas que deliran.

El delirio no ignora la realidad, es otra manera de vivirla, de ahí que los fantasiosos desvirtúen el concepto de la fantasía. En el hombre, el mundo de



Fotografía: Teo Félix

la fantasía, de las simbolizaciones, de la imaginación, no está enteramente ligado a las significaciones convencionales, por eso el hombre inventa, imagina, crea, descubre e interpreta y ésa es la condición básica antropológica que posibilita el delirio. Los fantasiosos deliran y sus mensajes actúan como la lluvia “calabobos” estigmatizando la semblanza de lo real y de lo fantástico. La fantasía pública tiene delirios de grandeza porque no sabe idealizar la realidad tangible de las cosas; su capacidad de fantasear, además de pésima, es torticera, pues, nada peor que suplantar la fantasía por la mentira.

La fantasía no está en crisis; somos nosotros los que lo estamos. La crisis es nuestra desde el momento en que, aun sabiendo de la entelequia de aquella, nos creemos las fantasías omnipresentes de la realidad oficial olvidando el hecho de que la única fantasía posible es

aquella que permite soñar despierto. Acuden entonces en tropel las fantasmagorías, para ilusionar los sentidos en un inusitado juego contorsionista a mitad camino entre la fábula y la charlatanería, fagocitando esperanzas, anhelos y sueños que habitan en ese cosmos idílico de la fantasía. Pretender confundir lo cierto con lo imaginado en un ejercicio arriesgado de salto al vacío del que nunca saldremos bien parados, ser fantasmagórico presupone ser una ilusión óptica, cual holograma; y, a veces, cuando veo tanta sombra deambulando, no alcanzo a medir si su dimensión es tan sólo una réplica o bien por el contrario es un impacto en mi imaginación. La Santa Compañía merodea en silencio en busca de los vivos haciendo tañer sus campanillas sin badajo. We want you —decían aquellos carteles trasnochados—. Aguantad, que aún falta lo peor

—rezan los mensajes subliminales llegados de todas partes—.

Los fantasmas desconocen el pudor, como lo prueba el ser capaces de colarse en nuestros sueños mustiando a la vez, con sus grises parlamentos, la onírica herencia que nos queda. Contaminan la inocencia creyéndose tutores y se ríen con descaro de los ilusos que siguen cultivando la fantasía de un mundo más justo. Tan sólo quieren que seamos seres de fantasía, como esa joya falsa que enmascara su ordinariéz con eufemismos. De cartón piedra nos quieren, de falso decorado.

Deberíamos mirar más al cielo, permite la escapada final sin dejar el suelo. Tendríamos que soñar que nos convertimos en otro para saber al fin como somos realmente. La trampa de la fantasía es ser irrenunciable. El castigo que procura lo real nace de su incapacidad para mostrar otras alternativas.